

Nuria Calduch-Benages

LA PALABRA CELEBRADA

Explicación bíblica de las lecturas
de todos los domingos y fiestas

Tiempo ordinario, ciclo C

Del 12 de junio al 31 de julio de 2022

dossier **CPL**
editorial

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR

Santísima Trinidad

Primera lectura: Proverbios 8,22-31

Antes de comenzar la tierra, la Sabiduría ya había sido engendrada.

La primera colección del libro de los Proverbios (Pr 1–9) se caracteriza, entre otras cosas, por una serie de poemas sobre la figura de la Sabiduría, en los que la protagonista pronuncia un discurso público dirigido a los inexpertos. Nos referimos a Pr 1,20-33; 8,1-36 y 9,1-5.

Proverbios 8 constituye el segundo discurso, el más largo y solemne de todos. Empieza con una introducción, donde se describe el escenario (vv. 1-3) y termina con una conclusión exhortativa (vv. 32-36). El cuerpo del discurso contiene un elogio de su propia enseñanza (vv. 4-11), una alabanza personal (vv. 12-21) y una descripción de su relación con Dios y el mundo (vv. 22-31).

Pr 8,22-31 es el texto más célebre del capítulo, pero también el más complicado. Sus problemas filológicos no tienen fácil solución. Otro de los puntos discutidos es su relación con temas mitológicos de otras culturas. De todos modos, el elemento más destacable en estos versículos es la estrecha relación entre Dios y la Sabiduría, entre el creador y su primera criatura. En esta parte del discurso la Sabiduría cede su protagonismo a Dios. Dios pasa a ser el sujeto de casi todas las acciones: crear, formar, engendrar, asentar, hacer, establecer, trazar, condensar, fijar, señalar, cimentar. La intensa actividad creadora de Dios puede resumirse en este modo: Dios crea la Sabiduría y crea el universo, pero ella es anterior al mundo, asiste a su organización y, por último, hace de puente entre Dios y los humanos. ¿Cómo definirla? La Sabiduría es la revelación de Dios, es su propia comunicación vital; comunicación que resuena en el universo, en la historia y en cada persona humana.

Segunda lectura: Romanos 5,1-5

Caminamos hacia Dios, por medio de Cristo, en el Espíritu.

En Rom 5,1–8,39, la segunda sección de la parte doctrinal de la carta a los Romanos, Pablo intenta explicar en qué consiste la salvación que Dios nos concede mediante la fe en Jesucristo. Nuestra lectura (5,1-5) forma parte de 5,1-11, pasaje de transición entre los dos bloques doctrinales de la carta, donde el apóstol describe la experiencia cristiana de la persona justificada, una experiencia caracterizada por la serenidad, la paz y la alegría que derivan de la reconciliación con Dios.

Es de notar que el nexo que Pablo establece entre las varias virtudes indicadas es de carácter existencial. Se parte de la tribulación, se pasa por la constancia y la virtud probada para terminar con la esperanza (vv. 3-4). Las tribulaciones no destruyen la esperanza; al contrario, la refuerzan porque el amor de Dios, que el Espíritu Santo ha derramado entre los creyentes, es más fuerte que cualquier prueba. Por eso, la esperanza «no defrauda» (v. 5).

Evangelio: Juan 16,12-15

Todo lo que tiene el Padre es mío; el Espíritu recibirá de lo mío y os lo anunciará.

La página evangélica de hoy pertenece a Jn 13–17, el testamento espiritual de Jesús o «sermón de la Cena». En la víspera de su muerte, Jesús se despidió de los discípulos y les anuncia, por quinta y última vez, la venida del Paráclito (16,12-15).

Durante el tiempo en que han estado juntos Jesús les ha transmitido todo el mensaje evangélico. Así lo ha afirmado él mismo poco antes: «Desde ahora os llamo amigos porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre» (15,15). Sin embargo, todavía les falta profundizar en su riqueza insondable. Todavía no están preparados para «cargar» con todo el mensaje. No podrían soportarlo (v. 12). Por eso, Jesús no se quiere marchar sin dejarles otro maestro que les siga instruyendo y acompañando. A ese maestro le llama «el Espíritu de la Verdad», encargado de guiarles en el camino hacia la verdad plena, es decir, hacia el conocimiento personal y vital de Cristo, de su persona, obra y mensaje, pues en el evangelio de Juan la Verdad es Cristo. No aportará una revelación nueva sino que les permitirá profundizar en lo que Jesús ya les había enseñado en vista al futuro. «Lo que está por venir» es decir, las cosas futuras (en griego, *ta erkhomena*) son la experiencia concreta de los fieles con sus luces y sombras. Jesús sigue siendo el único que nos revela al Padre. El Espíritu, en cambio, hace que esta revelación penetre en el corazón de los fieles. En último término, el Paráclito, como el mismo Jesús, es un enviado del Padre (v. 13). Al igual que Jesús glorifica al Padre (17,1.4) porque revela su amor y su fuerza salvífica, así también el Espíritu glorifica a Jesús (pasando él casi inadvertido), en cuanto continúa su misma revelación (v. 14).

El anuncio del Paráclito termina con un versículo conclusivo (v. 15) que subraya la unidad entre el Padre y el Hijo. Así pues, gracias a la acción del Espíritu Santo, los creyentes ahondarán en la comprensión del misterio de Jesús y en él descubrirán el rostro del Padre.

Cuerpo y Sangre de Cristo

Primera lectura: Génesis 14,18-20

Melquisedec ofreció pan y vino.

Situado en el llamado «ciclo de Abrahán y su hijo Isaac» (Gn 12,1–25,18), el capítulo 15 del Génesis presenta a Abrahán como un guerrero que vence a reyes poderosos. En los vv. 18-20 hay un episodio, que en su origen quizás era de carácter exclusivamente militar o político, que ha sido interpretado por la misma tradición bíblica (Sal 110,4) en clave religiosa y espiritual. Melquisedec, rey de Salem, ofrece pan y vino a Abrahán que regresa, vencedor pero exhausto, de una batalla contra los reyes vecinos: el gesto es solo un signo de colaboración porque permite al ejército rival reponer sus fuerzas. Sin embargo, siendo Melquisedec sacerdote, el gesto puede tener una connotación sacrificial; es decir, puede entenderse como un rito de acción de gracias por la victoria. Tanto es así que en el v. 19 se ha conservado el texto de una bendición ritual. Las palabras de Melquisedec aclaran el episodio y confirman la realización de las promesas: los enemigos de Abrahán han sido derrotados y su nombre es ensalzado por un rey-sacerdote delante de reyes.

La teología cristiana ha interpretado el texto en clave cristológica y sucesivamente eucarística. Por ejemplo, en el capítulo 7 de la carta a los Hebreos, el autor ve en la figura enigmática y profética de Melquisedec la prefiguración del sacerdocio sacrificial de Cristo.

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor.

1Cor 11,2–14,39 es una sección de la carta enteramente dedicada a las asambleas litúrgicas, reuniones en las que se celebraba la cena del Señor y se profundizaba en el conocimiento del mensaje evangélico. Estas reuniones fraternales eran, pues, momentos muy importantes para la vida de la comunidad. Lamentablemente, en las asambleas de Corinto se solía violar la fraternidad cristiana con comportamientos probables.

Con el objeto de corregir estas desviaciones, Pablo recuerda un fragmento de catequesis apostólica sobre la cena del Señor, es decir, la santa «tradición» de la eucaristía (11,23-26). Se trata del primer relato escrito de la institución de la Eucaristía, pues los evangelios son posteriores a esta carta. En la fórmula del pan eucarístico se subraya el aspecto sacrificial y redentor «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros», un cuerpo

entregado a la muerte para vuestra liberación. La eficacia de esa donación va unida al concepto bíblico de «memorial», en el que pasado (el sacrificio de Cristo), presente (haced esto en memoria mía) y futuro (anunciáis la muerte del Señor hasta que él venga) están estrechamente vinculados. La fórmula del cáliz eucarístico, muy parecida a la de Lc 22,20, se centra en el tema de la nueva alianza tomado de Jr 31,31-34. Cristo establece una alianza, no con la sangre de animales sacrificados que se derrama sobre el pueblo como en el Sinaí (Ex 24) sino con su propia sangre, instrumento perfecto de comunión entre Dios y la criatura.

Evangelio: Lucas 9,11b-17

Comieron todos y se saciaron.

Los últimos episodios de la actividad de Jesús en Galilea, recogidos en el capítulo 9 del evangelio de Lucas, se centran en la enseñanza de Jesús a los discípulos. Después de la misión de los Doce (9,1-6) y la perplejidad de Herodes (9,7-9), Lucas narra el regreso de los apóstoles y la multiplicación de los panes (9,10-17). Este último episodio tiene lugar en dos lugares distintos: en Betsaida, ciudad muy poblada (vv. 10-11) y en un lugar desierto sin identificar (vv. 12-17).

Jesús quiso concluir su misión a través de Galilea con un acto real y simbólico a la vez: reunirse con los discípulos y la multitud y compartir el pan que él mismo había multiplicado. Jesús no quiere despedir a la gente y que cada uno se apañe para comer, pero tampoco quiere que los discípulos vayan a buscar provisiones para todos. Es probable que con la expresión «Dadles vosotros de comer» Jesús quiera poner a prueba la fe de los discípulos. Estos, sin embargo, no captan la intención del Maestro. El hecho de que fueran unos cinco mil hombres y de que Jesús los mandara sentar en grupos de cincuenta hace pensar en Ex 18,21, donde se leen las instrucciones que Moisés dio a los jueces. El simbolismo numérico continúa con los cinco panes y dos peces (cf. Ex 16,13-16 y Dt 18,15) y luego con los doce cestos de sobras (los doce apóstoles). Es evidente la alusión a la última cena: «tomó el pan, dio gracias, lo partió y se lo dio» (22,19) y a la aparición a los discípulos de Emaús: «tomó el pan, dijo la bendición, lo partió y se lo dio» (24,30). El milagro es evidente y, sin embargo, en esta ocasión Lucas no menciona el asombro ni el entusiasmo de la gente (cf. Jn 6,14).

El milagro del pan que alimenta las multitudes se transforma en la imagen de la comunidad que se reúne alrededor de Cristo presente en la cena.

TIEMPO ORDINARIO

San Juan Bautista

24 de junio

Primera lectura: Isaías 49,1-6

Te hago luz de las naciones.

Obra del Deutero-Isaías, profeta anónimo del exilio y autor de Is 40-55, nuestro texto se conoce como el segundo canto del siervo del Señor (Is 49,1-6). Algunos autores lo hacen terminar en el v. 7 y otros lo alargan incluso hasta el v. 9a. Sea como sea, el poema insiste en la vocación, investidura y misión del siervo, cuya identidad permanece en la sombra. ¿Quién es en realidad el siervo del Señor? Es una pregunta que puede aplicarse a los cuatro cánticos y en ninguno encuentra una respuesta concreta. En nuestro caso la cuestión se complica por la doble mención de Israel como siervo (Is 49,3) y como destinatario de la misión a él confiada (Is 49,5-6).

El canto empieza con una invitación que el siervo dirige a los habitantes de las «islas», término típico del Deutero-Isaías, que designa las tierras remotas a las que también alcanza la potencia del Señor (v. 1a). Análogamente a como lo hiciera Jeremías, el siervo describe en primera persona su vocación y función como mensajero de la palabra divina (vv. 1b-2). En el v. 3 recuerda una afirmación del Señor sobre su persona: «Tú eres mi siervo, Israel, y estoy orgullosos de ti» y acto seguido expresa su frustración ante el fracaso de la misión que le había sido confiada por el Señor que, a pesar del fracaso, siempre se mantuvo a su lado (v. 4).

En el v. 5 el siervo expone la respuesta que el Señor le dio. Después de una larga introducción en la que de nuevo hace referencia a su vocación desde el «seno materno» (cf. v. 1b), escuchamos el contenido de la respuesta que podemos resumir así: el Señor no limita su misión a Israel sino que la extiende a todas las naciones. Israel se convierte, pues, en «luz de las naciones» (v. 6).

Segunda lectura: Hechos de los Apóstoles 13,22-26

Antes de que llegara Cristo Juan predicó.

La segunda lectura se sitúa en el contexto de Hch 13,1-14,28, donde Lucas narra el primer viaje misionero de Pablo, el único que realiza en compañía de Bernabé (curiosamente Pablo en sus cartas no nos da noticias de este viaje). A su vez este relato pertenece a una sección más amplia dedicada a la evangelización de Chipre y Asia Menor (Hch 13,1-

15,35) con la que comienza la tercera parte del libro (Hch 13,1-28,31) y a la que podríamos dar el siguiente título: «De Antioquía a Roma pasando por Grecia».

En Hch 13,13-41 escuchamos el único discurso que Pablo pronuncia ante un público judío al que se dirige con las siguientes expresiones: «Israelitas y los que teméis a Dios» (13,16), «Hermanos, hijos de la estirpe de Abrahán» (13,26) y «Hermanos» (13,38). Estas alusiones a los oyentes determinan las tres partes de su discurso: 13,16-25; 13,26-37; 13,38-41. Curiosamente el leccionario selecciona los últimos versículos de la primera parte (vv. 22-25) a los que añade el v. 26, con el que se abre la segunda.

Pablo empieza su discurso haciendo un resumen de la historia de Israel, de los patriarcas hasta David, cuya promesa remite al oráculo de Natán sobre la descendencia davídica (cf. 2 Sam 7,12-16). Esta historia de promesas pasa por Jesús, el salvador de Israel, y culmina en la figura de Juan Bautista, el precursor.

Evangelio: Lucas 1,57-66.80

El nacimiento de Juan Bautista. Juan es su nombre.

El evangelio de la infancia de Lucas (Lc 1-2) se compone de dos grandes dípticos: el díptico de las anunciaciones (1,5-56) y el díptico de las natiuidades (1,57-2,52). En este último se suceden las escenas siguientes: por un lado, el nacimiento, la circuncisión y la vida oculta de Juan Bautista, con el cántico del *Benedictus* (1,57-80); y por otro, el nacimiento de Jesús, la visita de los pastores, la circuncisión del niño con una mención a la vida oculta de Jesús de Nazaret y la presentación de Jesús en el templo, con el *Nunc dimittis* de Simeón y la profecía de Ana (2,1-40). Sigue un episodio complementario: Jesús entre los doctores (2,41-52). Con estos hechos aquí narrados, se realizan todas las promesas de Dios. Nacimiento, circuncisión y vida oculta son, sin lugar a dudas, los tres momentos más importantes de este díptico. Por un lado, exigen una interpretación teológica (cf. los himnos proclamados por Zacarías, Simeón y Ana) y por otro nos introducen en la vida terrena de Jesús.

Nuestro texto está formado por 1,57-66 (nacimiento, circuncisión y vida oculta de Juan Bautista) y 1,80 (compendio del período que cubre desde la circuncisión hasta la actividad pública de Juan). El nacimiento de Juan Bautista es motivo y ocasión de alegría para los vecinos y parientes porque «el Señor le había hecho una gran misericordia». Se trata de una primera revelación de Dios. El nacimiento de Juan es anticipo y preguftación de una alegría mayor. Más que en la circuncisión, Lucas insiste en la imposición del nombre al niño. En lugar de ponerle el nombre de su padre, tal como establecía la tradición, le llamaron Juan («Yahvé es misericordioso»). ¡Y de golpe Zacarías recobró el habla!

Domingo 13 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: 1 Reyes 19,16b.19-21

Eliseo se levantó y marchó tras Elías.

En el contexto del llamado «ciclo de Elías» (1Re 17,1-2Re 1,18), se sitúa la vocación de Eliseo, sucesor del profeta Elías. Elías se marcha del monte Horeb y se pone en camino, pero el narrador no nos cuenta nada del viaje que, se supone, debe de haber sido largo. De repente el profeta se encuentra en el pueblo de Eliseo, donde este está trabajando duro en el campo (lleva la última de doce yuntas de bueyes). Al verlo, Elías se le acerca y le echa su manto sobre la espalda en un especie de investidura. Es un gesto simbólico que indica un traspaso de poderes vinculados a la sacralidad del manto (cf. 2Re 2,8.13-14, donde el manto tiene propiedades milagrosas) y al mismo tiempo el encargo de una misión de parte de Dios. El manto se puede entender como símbolo del carisma profético. El traspaso de poderes recuerda el que hizo Moisés con su sucesor, Josué (cf. Nm 17,18-23), aunque con un ritual diferente.

Eliseo comprende perfectamente el gesto de Elías y decide seguirlo, pero primero le pide poder despedirse de sus padres, puesto que había entendido que la nueva misión lo habría separado de ellos. Elías se lo concede, pero insiste en que regrese pronto dada la importancia de la misión (cf. por contraste Lc 9,61-62, en el evangelio de hoy). Antes de partir, Eliseo hace un banquete de despedida con los suyos, según las normas sociales de oriente. Una vez concluido este acto de fe y humanidad, se pone al servicio del maestro, así como había hecho Josué con Moisés (Ex 24,13).

Segunda lectura: Gálatas 5,1.13-18

Vuestra vocación es la libertad.

En la tercera y última parte de la carta a los Gálatas (Gal 5,1-6,10) Pablo desciende al terreno práctico y exhorta a los cristianos a vivir dignamente su libertad. El tema principal de nuestro fragmento (5,1.13-18) es prácticamente el mismo que domina el resto de la carta. La libertad es el gran don de la redención; el cristiano es liberado de la esclavitud del pecado y de una religión hecha de normas y leyes. La libertad del cristiano, cuyo origen está en la libertad de Cristo, hay que ponerla al servicio del prójimo (v. 13). Ahora bien, si uno entendiese por libertad dejarse llevar por la «carne» (los apetitos desordenados y egoístas), entonces manifestaría estar bajo la peor ley, al margen del evangelio y de Cristo, pues la caridad

es el culmen de la ley del Espíritu: toda ley se cumple, si se cumple el mandamiento del amor fraterno (v. 14). Parece que la predicación de los falsos maestros provocaba división y enfrentamientos entre los Gálatas, y el apóstol extrae, con amargura y cierto sarcasmo, las consecuencias (v. 15).

En los vv. 16-18 Pablo establece una oposición entre el «espíritu» y el «deseo de la carne». El espíritu es el Espíritu Santo que orienta al cristiano hacia el bien, mientras «el deseo de la carne» son las tendencias egoístas propias del ser humano.

Evangelio: Lucas 9,51-62

Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Te seguiré donde vayas.

Leemos hoy las primeras líneas de la sección central del evangelio de Lucas conocida como «el camino hacia Jerusalén», al que dedica casi diez capítulos (Lc 9,51-19,28). Es un largo camino no solo geográfico y espacial sino también espiritual y teológico hacia el destino último del Mesías. La célebre frase de Lc 9,51 es crucial por dos motivos: porque indica el inicio de este largo recorrido y porque menciona la gloriosa ascensión a los cielos con que concluirá el itinerario terreno de Jesús. Así pues, la vocación de Jesús no tiene como destino definitivo la muerte sino la Pascua y la gloria.

En nuestro texto podemos distinguir dos temas: la actitud a tomar con los que no aceptan a Jesús (vv. 52-56) y la disposición de los que le siguen (vv. 57-62), precedidos de un anuncio de tema (v. 51). Los samaritanos eran vecinos odiados. Considerados peor que extranjeros, eran enemigos de raza y religión. Sin embargo, Jesús se atreve a pedirles hospedaje. Su negativa encendió la ira de Santiago y de Juan, «los hijos del trueno», que querían responder imitando el estilo profético de Elías (2Re 1,9-12). Firme en su decisión, Jesús ni destruye al enemigo, ni cede ante él: simplemente sigue su camino.

En el evangelio Jesús aparece siempre en camino. Para estar con él hay que seguirle, hay que caminar a su paso, con su ritmo, en pos de sus huellas. En otras palabras, hay que adoptar su estilo de vida. Dictadas por el mismo Jesús en un lenguaje proverbial, las condiciones para seguirle son las siguientes: estar desapegado de las cosas y de los apoyos humanos y materiales, no retrasar la decisión de evangelizar aduciendo buenas excusas, y, en fin, no ceder ante la nostalgia del pasado sino trabajar con ahínco en la misión. La expresión «echar la mano al arado» hace alusión a la vocación de Eliseo (primera lectura), pero Jesús se muestra más exigente que el antiguo profeta.

San Pedro y San Pablo

29 de junio

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 12,1-11

Era verdad: el Señor me ha librado de las manos de Herodes.

El cap. 12 de los Hechos de los Apóstoles, uno de los más animados y movidos de la obra, gira entorno a la figura de Pedro y su importancia para la comunidad de Jerusalén. En el v. 5 leemos que durante su cautiverio «la Iglesia oraba intensamente a Dios por él». El relato está compuesto como un drama, en cuatro escenas que se corresponden simétricamente. La primera escena (vv. 1-5) se refiere a Herodes (Agripa I) que hace ajusticiar a Santiago y encarcela a Pedro. La segunda (vv. 6-11), en la prisión, cuenta la milagrosa liberación de Pedro. La tercera (vv. 12-17) muestra el difícil reconocimiento de Pedro en casa de María. En la cuarta (vv. 18-23) vuelve Herodes: búsqueda en vano del evadido y luego muerte del tirano en Cesarea.

Nuestro fragmento contempla solamente las dos primeras escenas mencionadas (12,1-5 y 6-11). La primera empieza con la represión parcial («algunos miembros de la Iglesia») del perseguidor y su primera víctima. Es Santiago, uno de los Doce, hermano de Juan, hijo del Zebedeo. El oportunismo político de Herodes se confirma: viendo que el asesinato de Santiago gustó a los judíos, hace arrestar a Pedro y lo somete a una extrema vigilancia. Es la segunda persecución que se abate sobre la iglesia de Jerusalén. La primera es la que se desencadenó después de la lapidación de Esteban (8,1-3).

En la segunda escena Dios actúa de noche y en el último momento (cf. otros relatos de liberación en Hch 5,19; 16,25). Todo recuerda la noche pascual, arquetipo de toda liberación salvífica (aquella noche, el ángel del Señor, la prisa, el manto y las sandalias). Desaparecido el ángel y liberado Pedro, escuchamos la lectura teológica que el apóstol hace de su evasión (v. 11).

Segunda lectura: 2 Timoteo 4,6-8.17-18

Ahora me aguarda la corona merecida.

La segunda carta a Timoteo es una especie de testamento autobiográfico del apóstol Pablo. El fragmento de hoy está tomado de la última sección de la carta (4,6-18), donde se recogen noticias personales del apóstol, encargos y recomendaciones varias a su colaborador. Llegado al ocaso

de la vida, Pablo dirige su mirada al pasado y cuenta su apasionante experiencia cristiana. Lo hace por medio de imágenes. La primera es una imagen cultural y evoca el rito de la libación (lit.: «ser derramado en ofrenda») o los sacrificios en el templo («ser sacrificado» en el leccionario). La segunda pertenece al mundo de la navegación (lit.: «izar velas»), uno de los medios más modernos de aquel entonces usado con frecuencia por el apóstol («mi partida» en el leccionario). La tercera es militar y alude a la batalla de su vida: luchas, persecuciones, hostilidades... («he combatido bien mi combate»). La última es una imagen deportiva («he corrido hasta la meta», «la corona merecida»). En cada instante de esta aventura de amor y entrega siempre ha contado con la protección del Señor que le ha ayudado y dado fuerzas para anunciar su mensaje (v. 17).

Evangelio: Mateo 16,13-19

Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino de los cielos.

Con esta página se cierra la segunda parte del evangelio de Mateo (4,17-16,20) dedicada al anuncio del Reino de Dios con obras y palabras, y a las distintas reacciones a dicho anuncio. Mt 16,13-19 lo sitúa en un momento muy importante de la vida de Jesús, en el que se ve obligado a afrontar el rechazo del pueblo y el aparente fracaso de su misión. A pesar de estas duras pruebas, se verá reconfortado al constatar que sus discípulos, por boca de Pedro, le reconocen como el Mesías, el Hijo del Dios vivo, títulos que resumen la fe de la iglesia de Mateo. En este evangelio confluyen dos datos relevantes: la confesión de fe de Pedro y la promesa que Jesús le hace. Mientras el primer dato es común a toda la tradición sinóptica, el segundo es exclusivo de Mateo.

En la primera escena, la confesión de fe de Pedro (vv. 13-16), Jesús lanza una pregunta a todos los discípulos que le acompañan, pero el único que ofrece una respuesta definitiva es Pedro. De este modo, Pedro se revela no solo como el portavoz sino como el representante de toda la comunidad apostólica. No solo reconoce en Jesús al Mesías sino también al Hijo de Dios. Por eso, la suya no es solo una profesión de fe mesiánica sino también una profesión de fe pascual en la divinidad de Cristo.

La segunda escena, la promesa de Jesús a Pedro (vv. 17-19), está construida a partir de tres símbolos pertenecientes a la esfera de la solidez y estabilidad (la piedra, las llaves, atar y desatar). La «piedra» en el mundo bíblico representa la seguridad de Dios, refugio inalcanzable e inexpugnable (cf. Sal 18). Las «llaves» de una casa expresan poder, dominio o responsabilidad sobre ella (cf. Is 22,20-22). El binomio «atar y desatar» tiene carácter jurídico y moral e implica autoridad y capacidad de decisión (cf. el binomio «perdonar y retener» en Jn 20,23 referido a los pecados).

Domingo 14 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 66,10-14c

Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz.

La tercera parte del libro de Isaías (Is 56–66), conocida como Tercer Isaías o Trito-Isaías, se atribuye a un profeta anónimo del post-exilio que se enfrenta a una situación compleja y difícil a la que intenta dar respuesta: la decepción y el desánimo provocados por el retraso de la liberación, la difusión de las prácticas idolátricas, la división y enfrentamiento entre los diversos grupos que viven en Judá, el desprecio de los extranjeros y la pobreza del país.

La obra puede dividirse en cuatro unidades: Is 56–59, donde predominan los oráculos de juicio; Is 60–62, sobre la nueva Jerusalén; Is 63–64, una meditación histórica a partir del juicio de las naciones y, por último, Is 65–66, donde alternan los temas de juicio escatológico, restauración, nueva creación y reunión de todos los pueblos. A esta sección pertenece nuestro fragmento (66,10-14c), un texto rebotante de alegría, una alegría que nace después de haber pasado por la prueba del exilio en Babilonia. Basta fijarse en los verbos utilizados (festejar, gozar, alegrarse, saciarse, consolar y ser consolado, florecer). Jerusalén, representada como madre, comparte la alegría de sus hijos que vuelven al hogar (vv. 10-11). El origen de esta alegría desbordante está en Dios, que «como una madre consuela a su hijo» y que finalmente «se manifiesta a sus siervos» (vv. 13-14).

Segunda lectura: Gálatas 6,14-18

Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús.

Leemos la última página de la carta a los Gálatas, donde Pablo esboza un retrato del verdadero apóstol de Cristo como síntesis de su pensamiento (6,11-18). Para Pablo, el único título que puede ser motivo de presunción, no ante los hombres sino ante Dios, va unido a la cruz, la única fuente de libertad y de paz. La cruz nos aparta de la atracción del mundo y, por tanto, de la esclavitud de la muerte interior (v. 14). No cuentan para él ni los valores judíos («la circuncisión») ni los valores paganos («la incircuncisión»), sino los que ha traído Cristo (la nueva creación) (v. 15). Pablo expresa un augurio y una promesa. Los que seguirán esta regla (entiéndase la que él acaba de exponer) recibirán la paz y misericordia de Dios y constituirán el nuevo pueblo de Dios, el verdadero Israel, el «Israel de Dios» (v. 16).

Estar unido a Cristo es lo que preocupa a Pablo; lo demás le tiene sin cuidado. Pablo pertenece a Cristo y los signos de esta pertenencia irreversible los lleva en su cuerpo: son «las marcas de Jesús». Alude a las cicatrices causadas por los golpes y lapidaciones que le asemejan a Cristo en su vida terrena (v. 17). El tono brusco del inicio de la carta queda compensado con el uso de «hermanos» al final de la misma. Después de un largo y a menudo polémico debate con los Gálatas, el apóstol encuentra de nuevo en la comunidad aquella fraternidad que los une en la misión (v. 18).

Evangelio: Lucas 10,1-12.17-20

Vuestra paz descansará sobre ellos.

Situada al inicio del «camino hacia Jerusalén» (Lc 9,51–19,28), nuestra página evangélica (Lc 10,1-20) nos ofrece una síntesis sobre la misión cristiana. En ella se distinguen tres partes: vv. 1-12 (instrucciones varias a los discípulos), vv. 13-16 omitidos por el leccionario (amenazas contra los insumisos) y vv. 17-20 (el regreso de los discípulos).

Lucas presenta a Jesús organizando una misión por los muchos pueblos que va a visitar. Esta vez manda a 72 (70 en algunos códices) discípulos a misionar, para indicar que la misión no es exclusiva de los Doce sino de la entera comunidad eclesial. El número escogido es emblemático e indica tanto la fuente de la misión (los 70 ancianos de Israel, anticipación de la Iglesia) como los destinatarios, es decir, el número de naciones paganas enumeradas en el «mapa de las naciones» de Gn 10 que indica la totalidad de los pueblos de la tierra. Así pues, el horizonte de la misión de la Iglesia es universal. En el primer versículo, además, encontramos una hermosa definición del discípulo misionero: va «por delante» de Jesús, lo precede como precursor. Jesús los envía «de dos en dos» para que su testimonio tenga el valor jurídico que exigía la ley (Dt 17,6; 19,15).

Los compromisos principales del misionero son tres. Primero, la oración, «rogad», pues la fecundidad misionera nace del contacto vivo y personal con Dios. Segundo, anunciar el evangelio con paz, serenidad y valentía, incluso ante la amenaza de persecución («como corderos en medio de lobos»). Proponer, nunca imponer ni forzar. Tercero, llevar una vida sobria y austera. En definitiva, vivir según el estilo de Jesús (cf. 9,58).

Terminado el trabajo, los discípulos vuelven al Señor. El mal se retira («se somete») ante la fuerza arrolladora del Evangelio. El entusiasmo es inevitable, pero Jesús lo frena para que entiendan que la auténtica alegría no está en el poder o en el éxito sino en «tener los nombres inscritos en el cielo» (v. 20).

Domingo 15 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Deuteronomio 30,10-14

El mandamiento está muy cerca de ti; cúmplo.

Nuestra lectura del libro del Deuteronomio forma parte del tercer y último discurso de Moisés (Dt 28,69–30,20). Partiendo de la conversión («volverse al Señor»), el autor exhorta al cumplimiento de la ley. Son, en realidad, dos temas complementarios. El arrepentimiento lleva consigo la renovación interior que debe traducirse en obediencia a los preceptos de la ley. En el lenguaje bíblico «con todo tu corazón y toda tu alma» (v. 10) significa la totalidad de la persona, sin distinguir entre intelecto, sentimientos y voluntad. En otras palabras, de forma connatural.

Conocer, amar y encarnar en la propia vida la palabra de Dios (la ley) no es una empresa imposible para el ser humano, caída del cielo sin relación con nuestro mundo terreno o perdida en la profundidad de los océanos. La palabra no está fuera sino dentro de cada persona, en lo más íntimo del ser. Esta palabra interior y cercana espera solo que alguien la ponga en práctica, que la transforme en obra, que la concrete en la vida cotidiana: «El mandamiento (la palabra) está muy cerca de ti: en tu corazón y de tu boca» (v. 14). Solo hay que cumplirlo.

Segunda lectura: Colosenses 1,15-20

Todo fue creado por él y para él.

La carta a los Colosenses nos ofrece su página más célebre y profunda, su himno a Cristo, creador y salvador (Col 1,15-20). Formulado en un lenguaje inédito y original, este himno probablemente procede de una liturgia bautismal de la que formaba parte. Su texto ha sido retocado por el autor para adaptarlo al nuevo contexto.

Se suele dividir en dos estrofas paralelas: la primera celebra a Cristo como mediador de la creación (vv. 15-17) y la segunda lo vincula a la «nueva creación», o sea la redención (vv. 18-20). En la primera estrofa se pone de relieve la primacía de Cristo por medio de expresiones como «imagen» y «primogénito» del Padre. Cristo es raíz, centro supremo de unidad, armonía y cohesión de toda la creación: «Todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él» (v. 17). En la segunda estrofa se canta la primacía de Cristo en la Iglesia, de la que él es «cabeza». Es «principio» (origen) y «primogénito de los resucitados» (lit.: de entre los muertos), es decir, es el iniciador de una nueva humanidad destinada a la

resurrección gloriosa. Su primacía se debe a Dios que quiso que habitara en él toda «plenitud» (en griego, *pleroma*), categoría de origen sapiencial que aplica a Cristo la idea de la Sabiduría que llena el universo (v. 19). La plenitud que habita en Cristo se presenta como una fuerza de reconciliación y de pacificación universal que nace de su sacrificio (v. 20).

Evangelio: Lucas 10,25-37

¿Quién es mi prójimo?

Concluida la misión preparatoria de los «setenta y dos» discípulos, Jesús continúa su camino hacia Jerusalén aleccionando a los que quieran seguirle. El evangelio de hoy nos ofrece una lección magistral. Consta de dos partes: un principio fundamental (la ley que conduce a la Vida) y una aplicación práctica (la parábola del buen samaritano). Las dos partes se desarrollan en forma de un diálogo en cuatro momentos: a) alguien hace una pregunta al Maestro; b) el Maestro le devuelve la pregunta, formulándola de manera que ella misma indique la respuesta; c) el que preguntó responde con acierto; y d) el Maestro se la aprueba y la traduce en un imperativo: haz lo que dices y alcanzarás la Vida que tanto deseas.

La primera pregunta («¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?») la hace un doctor de la ley que pregunta lo que ya sabe. Por eso, Jesús le invita a que responda él mismo («¿Qué lees en la ley?») y de este modo declara implícitamente que él acepta la ley. El letrado cita el texto fundamental de la fe de Israel, es decir, Dt 6,5 («Amarás al Señor...») y a continuación Lv 19,18 («Amarás a tu prójimo...»). Jesús lo elogia amablemente pero le indica que lo único que le falta es ponerlo en práctica.

La segunda pregunta («¿Quién es mi prójimo?») deja suponer que hay personas que pueden ser consideradas como prójimo y otras, en cambio, no. Para Jesús no existe esta diferencia. Es lo que intenta explicar con la parábola del buen samaritano. En pleno desierto de Judá yace un malherido. Nadie lo conoce. No se sabe nada de él. Pero ante todo es un ser humano. Esa es su dignidad. Lo ven un sacerdote y un levita, oficiantes del templo de Jerusalén, y pasan de largo. Pasa un samaritano (para los judíos los samaritanos eran extranjeros, impuros y enemigos) y, en cambio, se apiada del malherido y hace una obra de misericordia. A la pregunta de Jesús («¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de unos bandidos?»), responde el maestro de la ley sin titubear: «El que practicó la misericordia con él». Solo le faltaba practicar la ley que conocía de memoria. Prójimo de cada persona humana es toda persona humana.

Domingo 16 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Génesis 18,1-10a

Señor, no pases de largo junto a tu siervo.

El capítulo 18 del Génesis (vv. 1-15) narra el encuentro de Abrahán con tres viajeros misteriosos que se paran cerca de su tienda a la hora más calurosa del día. Abrahán no sabe quiénes son ni de dónde vienen, y tampoco le importa. Tomando la iniciativa, se apresura para acoger a los forasteros del mejor modo posible. Tras recibirlos, manda rápidamente que les lleven agua para que se refresquen y les ofrece un «bocado de pan», al que seguirá una comida muy copiosa: tortas de harina, carne de ternera, cuajada y leche fresca. Con este comportamiento hospitalario, Abrahán cumplió con las cinco «leyes de la tienda»: abrir las puertas al huésped, lavarle los pies, darle alojamiento, darle de comer y ayudarlo para continuar el viaje.

La tradición rabínica identificó a los tres extranjeros con los arcángeles Rafael, Miguel y Gabriel, y los padres de la Iglesia vieron en ellos una alusión al misterio de la Trinidad: *tres vidit et unum adoravit* («vio a tres personas, pero adoró a una) porque uno solo es Dios, uno solo es el Señor y uno solo es el Espíritu. En efecto, al acoger a los extranjeros, Abrahán estaba acogiendo a Dios mismo. La figura de Abrahán como paradigma de la persona hospitalaria llega hasta el Nuevo Testamento, concretamente en la carta a los Hebreos, cuyo autor, refiriéndose a Gn 18, recomienda lo siguiente: «No olvidéis la hospitalidad; gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Heb 13,2).

Segunda lectura: Colosenses 1,24-28

El misterio que Dios ha tenido escondido, lo ha revelado ahora.

Nuestro fragmento forma parte de Col 1,24-2,5, un pasaje largo y complejo donde Pablo expone lo que él siente por toda la Iglesia y en especial por la comunidad de Colosas amenazada por las doctrinas de los falsos maestros.

En 1,24-28 Pablo, a partir de su experiencia personal, traza un magnífico retrato del verdadero apóstol y discípulo de Cristo. El primer rasgo a destacar es la aceptación gozosa del sufrimiento que comporta la misión, un sufrimiento que es participación en el sufrimiento de Cristo (v. 24). El apóstol ve a la Iglesia identificada con Cristo, del que es su «cuerpo». Por consiguiente, la vida terrena de la Iglesia está centrada, como la de Cristo,

en la cruz. El segundo rasgo de la fisionomía del apóstol es el anuncio, entiéndase el empeño misionero y pastoral. El contenido del anuncio es la Palabra de Dios descrita como «misterio escondido» o «plan salvador» que se encierra en Cristo (vv. 25-27). El «nosotros» del v. 28 incluye a los apóstoles que han fundado la iglesia de Colosas y a todos los discípulos en general. La predicación del evangelio se presenta como exhortación y como enseñanza con una única finalidad: «que todos lleguen a la madurez en su vida cristiana».

Evangelio: Lucas 10,38-42

Marta lo recibió en su casa. María ha escogido la parte mejor.

En su camino hacia Jerusalén Jesús es acogido en Betania, en casa de una familia amiga compuesta de tres hermanos: Marta, María y Lázaro. Lucas cuenta un episodio, que no se encuentra en los demás evangelios, cuyas protagonistas son Marta y María (Lc 10,38-42). Recordemos que a Lucas le gusta narrar hechos en los que intervienen mujeres.

Según la interpretación tradicional, Marta y María son dos personajes-símbolo que representan el trabajo y la contemplación. El mismo esquema parece seguir el autor del cuarto evangelio en la resurrección de Lázaro (Jn 11,20.30) y en la unción de Betania (12,2-3). En realidad, el elemento fundamental de la enseñanza de Jesús es muy distinto del que propone la interpretación tradicional. Lo que interesa no es tanto lo que Marta y María realizan, acciones ciertamente distintas, sino la actitud de fondo con la que actúan. No se trata de comparar acción y contemplación, para descalificar la primera y ensalzar la segunda, sino de dar la primacía a la escucha de la Palabra de Dios que debe preceder, alimentar y sostener cualquier opción religiosa y humana. Por eso, María se convierte en modelo del verdadero discípulo. Lucas la presenta en una posición típica del discípulo: «sentada a los pies de Jesús», escuchando su palabra. Y escuchar es aceptar, conservar y saborear en la profunda intimidad del ser, tal como hacía María de Nazaret (cf. 2,19.51).

En el fondo también Marta deseaba escuchar a Jesús, pero se dejó absorber por el servicio. Quería hacer varias cosas a la vez, mientras María se había concentrado en una sola. Marta se queja del comportamiento de su hermana, pero Jesús no la secunda. En lugar de regañarla por su negligencia, Jesús responde a Marta con la intención de aconsejarla y ayudarla a reflexionar. El mucho servicio a veces puede resultar dispersivo, pues se pueden hacer muchas cosas por Jesús, olvidando lo esencial, es decir, la escucha de su palabra.

Domingo 17 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Génesis 18,20-32

No se enfade mi Señor, si sigo hablando.

La lectura del Génesis es continuación de la del domingo anterior. El escenario es el mismo: el encinar de Mambré. Abrahán acababa de despedir a los tres viajeros que había acogido en su tienda cuando se le presentó el Señor. Se pusieron a conversar amigablemente sobre la destrucción de Sodoma, arquetipo de una ciudad depravada. El diálogo responde perfectamente al estilo oriental: largo, pausado y reiterativo. Antes de castigar a la ciudad, el Señor quiere cerciorarse de sus pecados, porque no sería correcto que pagasen justos por pecadores. Por su parte Abrahán, demostrando una gran audacia, intenta salvar Sodoma con el poder de su oración. Por eso, intercede por ella una y otra vez, regateando incansablemente con Dios sobre el número de justos que podrían salvar a toda la población. Modelo de orante e intercesor, Abrahán consigue llegar hasta hasta un mínimo de diez.

El diálogo ensalza la justicia de Dios y el poder de la oración. En lugar de castigar a todos por igual (justicia punitiva), Dios decide perdonar a todos por un mínimo de diez justos (justicia salvadora). La insistencia de Abrahán pone de manifiesto que según la justicia de Dios perdonar a los inocentes pasa por encima de castigar a los culpables.

Segunda lectura: Colosenses 2,12-14

Os dio la vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados.

El fragmento de la carta a los Colosenses forma parte de un pasaje (Col 2,6-23) donde Pablo exhorta a la comunidad de Colosas a no hacer caso de quienes predicán doctrinas ajenas a la salvación de Cristo. No sabemos en qué consistían exactamente esas doctrinas ya que nunca se habla abiertamente de ellas en la carta, pero todo hace suponer que se trataba de observancias legalistas de tipo judaizante, especulaciones filosóficas y prácticas y ritos de iniciación inspirados en las religiones de los misterios. Todo ello representaba una seria amenaza para el misterio de Cristo y por eso el apóstol insiste en la preeminencia de Cristo tanto en el orden de la creación como en el de la salvación.

Col 2,12-14 es un texto fundamental para la teología del bautismo entendido como nuestra participación en la muerte y resurrección de Cristo. Las fórmulas utilizadas son análogas a las de Rom 6,4-6, aunque las pers-

pectivas son distintas. Basta fijarse en los tiempos verbales para descubrir una escatología de presente (ya realizada) en Colosenses y una escatología de futuro (todavía por realizar) en Romanos. El v. 14 es el texto más discutido de toda la carta. La idea que expresa no es compleja, sin embargo la terminología es original y polivalente: la relación del ser humano con Dios es descrita como la que se establece entre el deudor y su acreedor. Toda la humanidad ha contraído una deuda con Dios, pero Dios anuncia que las deudas han sido canceladas cuando ha clavado en la cruz el certificado («el protocolo con sus cláusulas»). Por amor de Cristo, Dios nos ha perdonado todos los pecados.

Evangelio: Lucas 11,1-13

Pedid y se os dará.

Seguimos en el camino hacia Jerusalén. El capítulo 11 de Lucas comienza con tres enseñanzas de Jesús sobre la oración que constituyen nuestra página evangélica: el Padre nuestro (vv. 1-4), la parábola del amigo inoportuno (vv. 5-8) y una invitación a la oración (vv. 9-13). Se trata de una pequeña catequesis sobre la oración, una de las exigencias fundamentales a nivel individual y comunitario, de los seguidores de Jesús.

El texto empieza con una introducción narrativa, en la que Jesús es presentado según el modelo lucano como el perfecto orante. Al ver al Maestro orando, a los discípulos se les despierta la sed de hacer oración. Le piden una oración distintiva y Jesús les enseña una oración al Padre. En lugar de la fórmula más judaizante del «Padre nuestro» según Mateo (6,9-13), Lucas da otra versión adaptada al ambiente helenístico. La palabra esencial es «Padre», traducción del original arameo utilizado por Jesús: «Abbá» (papá), que es la fórmula propia de los niños cuando se dirigen a su padre en casa. Nadie antes de él había osado dirigirse así a Dios.

La parábola que sigue a la oración del «Padre» intenta ilustrarla indicando la actitud con que el orante debe dirigirse a Dios. Si la perseverancia en la oración es importante, todavía lo es más, y eso es lo que Lucas quiere subrayar, la certeza de ser escuchados. Dios es un amigo auténtico al que se puede «molestar» en horas intempestivas con la certeza de que siempre escuchará nuestra súplica. Así lo hizo el amigo inoportuno y así lo hizo Abrahán en la primera lectura.

La última enseñanza de Jesús versa sobre la confianza en la oración. Lucas insiste en que la confianza, basada en la fe, es indispensable en toda oración cristiana. Dios no puede sino intervenir en favor de aquellos que se dirigen a él con una oración confiada, porque es Padre (v. 13), porque es fiel a sus promesas, porque nos comunica su Espíritu, el único don que en realidad necesitamos.

Santiago Apóstol

25 de julio

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 4,33; 5,12.27-33; 12,2

El rey Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago.

Esta lectura no presenta una narración continuada sino que recoge varios versículos tomados de diferentes secciones de los Hechos de los Apóstoles con el intento de ofrecer una versión resumida de la historia de Santiago, hermano de Juan e hijo del Zebedeo, uno de los apóstoles más íntimamente unidos al Señor.

Hechos 4,33 forma parte de un sumario sobre la vida comunitaria de la comunidad primitiva de Jerusalén (4,32-35) que sirve de introducción a nuestro texto.

Hechos 5,12 también pertenece a otro sumario (5,12-16) centrado en los signos y prodigios que realizaban los apóstoles.

Hechos 5,27-33 es un fragmento tomado de 5,17-42, donde se narra la persecución, el arresto y la liberación de los apóstoles, entre los que se encontraría Santiago. Los versículos escogidos muestran la libertad y valentía con que Pedro y los apóstoles responden a las acusaciones del sumo sacerdote: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (v. 29). Su misión no es una obra humana, por eso los hombres no pueden detenerla. Esa respuesta sentenció su muerte (v. 33).

Por último, en el contexto de Hechos 12,1-17 (el arresto de Pedro y su liberación milagrosa) se sitúa 12,2, donde Lucas nos informa de la muerte de Santiago por orden del rey Herodes (Agripa I). La ejecución del hijo del Zebedeo abre una nueva ola de violencia dirigida contra la iglesia de Jerusalén.

Segunda lectura: 2 Corintios 4,7-15

Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús.

Nuestra lectura forma parte del capítulo 4 de la segunda carta a los Corintios. Después de presentar su servicio apostólico (el anuncio de Jesucristo) como un don de Dios que está por encima de las limitaciones humanas (4,1-6), Pablo habla de las tribulaciones que ese servicio lleva consigo y de la única esperanza que sostiene a los apóstoles en medio de la prueba y les da fuerza para resistir, es decir, la esperanza en Cristo Jesús (4,7-15).

El «tesoro» es el evangelio de Cristo; las «vasijas de barro» son los apóstoles y misioneros, instrumentos humildes, frágiles y quebradizos al ser-

vicio de una misión extraordinaria que procede de Dios (v. 7). Ésa es la gran paradoja.

A partir del v. 8 hasta el v. 12 el apóstol utiliza una serie de contraposiciones («apretados / no aplastados»; «apurados / no desesperados»; «acostados / no abandonados»; «derribados / no rematados») que recuerdan los espectáculos de lucha que se ofrecían en los estadios. La vida física de los apóstoles sufre una continua amenaza que, por contraste, redundaba en un crecimiento en la vida espiritual de los cristianos. Incluso su muerte física (pensemos en la de Santiago) es generadora de vida.

Evangelio: Mateo 20,20-28

Mi cáliz lo beberéis.

Al tercer anuncio de la pasión (Mt 20,17-19), sigue una escena en la que unos discípulos, los hijos del Zebedeo, y por reacción todos los demás, muestran una actitud contraria a la doctrina de Jesús. Ello da pie a la corrección del maestro que les enseña cómo deben identificarse con él en la vía del servicio (Mt 20,20-28). Jesús quiere acabar con la tensión que se había creado entre los discípulos respecto a los puestos de autoridad (los primeros y los últimos).

A diferencia del evangelio de Marcos en el que Santiago y Juan (mencionados por su nombre) piden ellos mismos los primeros puestos, aquí la petición llega de modo indirecto a través de la madre de «los hijos del Zebedeo» (se llamaba Salomé). El Zebedeo poseía barcas de pesca en el lago de Genesaret y era el jefe de una compañía de pescadores bastante rica, pues tenía varios asalariados.

Jesús, respondiendo en plural, se dirige a los dos discípulos con un reproche: «No sabéis lo que pedís» y luego añade: «¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?» (v. 22). Esta pregunta introduce el tema de fondo de esta página del evangelio: la comunión de destino entre Jesús y sus discípulos. Antes de alcanzar la misma gloria, deberán pasar por la misma cruz. A eso se refiere la expresión metafórica «beber el cáliz» (o copa), que Jesús de nuevo utilizará en la oración de Getsemaní (26,42).

La ingenuidad de los discípulos, que no dudan en responder afirmativamente, da pie para la nueva intervención de Jesús. En sus palabras iniciales «mi cáliz ciertamente lo beberéis» se puede vislumbrar el destino de Santiago, el primer mártir de los doce (cf. la primera lectura).

El diálogo vuelve al punto de partida y Jesús remite su petición sobre los primeros puestos a una instancia superior, es decir, al Padre (v. 23). Ante el egoísmo manifestado por todos los discípulos, incluido Pedro, Jesús expone su doctrina sobre la autoridad entendida como servicio que culmina en el v. 28: «Igual que el Hijo del hombre no ha venido a que le sirvan, sino para servir y dar la vida en rescate por muchos».

Domingo 18 del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Eclesiastés 1,2; 2,21-23

¿Qué saca el hombre de todo su trabajo?

Escrito probablemente a finales del siglo III aC en Jerusalén, el Eclesiastés es un libro sapiencial que recoge las reflexiones del sabio Qohélet. De carácter especulativo y polémico, esta obra contesta algunas ideas tradicionales del patrimonio religioso de Israel como, por ejemplo, la teoría de la retribución (Dios recompensa a los buenos y castiga a los malvados) y se cuestiona seriamente el problema del conocimiento de Dios.

El primer texto de nuestro fragmento (1,2) contiene la expresión «vanidad de vanidades», que hace inclusión con 12,8 al final del libro y que desde el punto de vista gramatical es un superlativo. «Vanidad» (en hebreo, *hebel*) es la palabra clave del libro (la encontramos 38 veces). Aunque el primer significado de *hebel* es «soplo», generalmente se utiliza en sentido metafórico para designar algo efímero, transitorio, una realidad inconsistente y fugaz que no se puede aferrar (referido al ámbito del ser humano y de su vida). También puede significar algo inútil o falso. ¿Qué significa, pues, para el autor que «todo es un soplo»? Con esta expresión no proclama una tesis; solo abre y deja abierto un interrogante. En 2,21-23 Qohélet puntualiza la vana ilusión de la sabiduría y la absurdidad del placer y el trabajo que solo traen consigo sufrimientos y disgustos: «también esto es vanidad». En resumen, el sabio encarna la sensatez humana insatisfecha de su propio horizonte.

Segunda lectura: Colosenses 3,1-5.9-11

Buscad los bienes de arriba, donde está Cristo.

Nuestro texto abre la sección moral de la carta a los Colosenses (3,1-4,1) que se compone de dos partes: 3,1-17 (sobre las exigencias de la vida cristiana) y 3,18-4,1 (recomendaciones concretas sobre la vida familiar).

La reflexión de Pablo parte de la experiencia pascual que el cristiano vive en el bautismo entendida como resurrección y como exaltación. De la tierra al cielo, de la humanidad a la divinidad, de la humillación a la exaltación. Este movimiento ascendente, propio del misterio pascual, se aplica al bautizado llamado a vivir la misma experiencia que Cristo. Para ilustrar las exigencias positivas y negativas de su opción, Pablo recurre a dos antítesis: por un lado, «las cosas de abajo» (de la tierra) y «el hombre viejo» representan el pecado (la «carne»), que el cristiano debe abando-

nar porque lo ha sepultado en la fuente bautismal; por otro, «las cosas de arriba» y «el hombre nuevo» representan el espíritu, la gracia, la vida nueva que ha adquirido mediante el bautismo.

Las implicaciones de este «orden nuevo» son múltiples y afectan el ámbito moral, social y político. Concretamente, las diferencias de estirpe, religión, sexo y condición social son abolidas «porque Cristo es la síntesis de todo y está en todos» (v. 11).

Evangelio: Lucas 12,13-21

Lo que has acumulado, ¿de quién será?

Seguimos avanzando en la sección central del evangelio de Lucas. Mientras camina hacia Jerusalén, Jesús va impartiendo lecciones sobre diversos temas. Hoy leemos el comienzo (12,13-21) de una lección sobre el valor de los bienes temporales que continuará en 12,22-34 con una serie de aplicaciones prácticas que culminarán en la famosa sentencia: «Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón» (v. 34).

En el fragmento inicial que leemos hoy y que podría llevar por título «la verdadera riqueza» podemos distinguir dos momentos: una anécdota a propósito de dos hermanos que discuten sobre una herencia (vv. 13-15) y la parábola del rico insensato que no pudo disfrutar de su riqueza (vv. 16-21). La anécdota es ciertamente secundaria; sirve para introducir el consejo sapiencial y la parábola siguiente. Uno le pide al Maestro que intervenga con su autoridad en un litigio familiar a favor suyo, pero Jesús le da a entender que para eso están los jueces. Su misión es de otro orden.

El aviso sapiencial del v. 15 anticipa la lección de la parábola: la mucha riqueza no da ni garantiza la vida, por tanto «guardaos de toda clase de codicia». La expresión «toda clase de codicia» traduce el griego *pleonexia* que significa el afán insaciable de poseer más y más. La parábola del rico insensato es ilustración gráfica del aviso precedente. Lucas hace una caricatura del hombre completamente materializado que solo piensa en sus riquezas y en cómo almacenarlas para poder disfrutar de la vida (*il dolce far niente*, «el dulce hacer nada») el resto de sus días, olvidándose de que la vida está en manos de Dios. Cuando menos lo esperaba, la muerte llama a su puerta y todas sus riquezas inevitablemente pasan a otro. ¿Para qué le ha servido acaparar tanto? El v. 21, el último de nuestro texto, sirve de introducción para la continuación en 12,22-34: en lenguaje evangélico enriquecerse ante Dios significa comunicar los bienes a quienes los necesitan y carecen de ellos.